

No es de mi agrado

Si no te gusta, no escuches, pero no estorbes mintiendo

Un anciano tenía tres hijos: uno cojo —le gustaba mucho correr carreras—, otro sin piernas y el tercero, aunque era patizambo, solo sabía contar cuervos.

Una vez los hijos del anciano fueron al bosque a cortar leña. Mientras el cojo se preparaba para trabajar, mientras el sin piernas se rascaba y el patizambo contaba todos los cuervos, de repente llegó la noche. Era hora de preparar la cena, pero no había fuego... ¿Qué hacer, cómo solucionar el problema? El cojo era listo, el sin piernas astuto y el patizambo ingenioso: los tres hermanos talaron un gran pino de dos brazas de grueso, lo partieron en leños, los apilaron en un montón alto, y el patizambo trepó hasta la cima para buscar de dónde conseguir fuego y encender una hoguera.

Miró y remiró, y efectivamente vio que en un lado, en medio del bosque, brillaba una lucecita. Fue por el fuego el hermano mayor, el cojo. Junto al fuego estaba sentado un anciano. "Buenos días, abuelito, dame un poco de fuego". —"Baila, entonces te lo daré". —"Pero no sé bailar". —"Bueno, canta una canción". —"No he aprendido". —"Bueno, cuenta un cuento". —"No soy hábil". "Si es así —dijo el anciano—, lárgate de donde viniste, ¡no habrá fuego para ti!" Volvió el cojo con las manos vacías. "¡Ay, qué inútil eres! —le dijo el sin piernas—. Me toca ir a mí". Fue el sin piernas y también regresó con las manos vacías.

Llegó el turno del hermano menor, el patizambo. También fue donde el anciano. "¡Buenos días, abuelito!" —"¡Buenos días, vecinito!". —"Dame, abuelito, un poco de fuego". —"Pues baila, alegre a este viejo". —"No sé; ¡qué voy a saber yo, siendo cojo!". —"Bueno, canta una canción alegre". —"La verdad es que no soy muy bueno cantando". —"Si es así, al menos cuenta un cuento". —"Eso sí es lo mío. Solo hay un acuerdo: yo contaré y tú no interrumpirás. Si interrumpes o dices que estoy mintiendo, me deberás cien rublos". "¡De acuerdo!" —dijo el anciano, y se sentó junto al patizambo, con la calva hacia el fuego —¡una calva tan grande y brillante! Entonces el patizambo comenzó a contar:

"Vivía yo con mi abuelito menor, cuando aún no estaba casado y mi padre no había nacido, precisamente porque cuando comenzó el mundo, yo tenía siete años. Por aquel entonces vivíamos riquísimos: los postes se doblaban bajo el peso de la desnudez y la miseria. Nuestra casa era enorme: el umbral en el suelo y justo ahí el techo —aunque no se podía estar dentro, era bonita de ver. Teníamos un pájaro:

una gallina; vajilla de cobre: una cruz y un botón; ganado: una cucaracha y un gorgojo; y para el tiro: dos gatos calvos y además un caballo amblador. Y tierra teníamos tanta que ni con la vista se abarcaba: el suelo y los bancos sembraban solos, y el horno y la tarima los alquilábamos. Sembramos cebada en el suelo, pero no nos alcanzaron semillas para los bancos. Y nuestra cebada creció alta y espesa; apareció una rata en ella; cuando nuestra gata calva empezó a atraparla, se perdió tanto que todavía anda vagando... Recogimos esa cebada, pero no había dónde guardarla. Yo, aunque era el menor, tenía gran inteligencia —se me ocurrió apilar la parva sobre el pilar del horno... Y mi abuela era muy ágil —tres años tardó en subir al horno, subió, subió y subió, se inclinó, se partió por la mitad y dejó caer nuestra parva en la artesa. El abuelo aulló, yo grité... Cosimos a la abuela con corteza de tilo —así caminó otros diez años—, sacamos la cebada de la artesa, la secamos, la trillamos e hicimos cerveza. Preparamos dos cervezas: una aguada y la otra como agua. Si bebías un jarro de cualquiera, te volvías completamente tonto; pero si le ofrecías un vaso a un invitado, le tirabas de los pelos y le golpeabas la nuca con un palo, caía redondo al suelo... ¿Me estás escuchando, abuelo?" —y ¡plas!, le dio al abuelo un golpe con el mitón en la calva. "¡Te escucho, luz mía!"

"Bien. Teníamos de todo en abundancia: noventa monedas menos cien —ni siquiera sabíamos contarlas simplemente. Y además, no había dónde guardar tanto dinero, y no había con qué comprar un saco... También teníamos una yegua torda, y me ocurrió esta maravilla: una vez fui con ella al bosque a cortar leña, y llevaba el hacha detrás, en el cinturón. Iba al trote: truc-truc, y el hacha golpeaba al caballo: tac-tac. Golpeó y golpeó, y le cortó toda la parte trasera al caballo... ¿Me escuchas, abuelo?" —y ¡clic!, le dio otro golpe con el mitón en la calva del abuelo. "Te escucho, luz mía".

"Durante tres años cabalgué sobre la parte delantera. Una vez, yendo por el bosque, miro y veo que la parte trasera de mi caballo pastaba en un claro. La atrapé, le puse brida y luego la cosí a la parte delantera con una vara de abedul. El abedul comenzó a crecer hacia arriba tanto que el caballo ya no podía soportarlo en su lomo —creció altísimo, altísimo. Decidí trepar por el abedul hacia arriba. Subía y subía, y él seguía creciendo y creciendo, hasta que tocó una nube. Me agarré a la nube y subí a ella. Caminé y miré: no había nada... ¿Me escuchas, abuelo?" —y ¡clic!, otro golpe con el mitón en la calva del abuelo. "¡Te escucho, luz mía!"

"Bueno, decidí bajar de nuevo a la tierra. Miro, y mi abuelo se había llevado a mi caballo a beber: no había por dónde bajar. Me quedé viviendo en la nube, muriendo de hambre: me debilité completamente. Y debido a esa flacura, me salieron pulgas bastante grandes. En ese tiempo fui ingenioso: empecé a atrapar

pulgas, les quitaba la piel y trenzaba una cuerda; trenzé una cuerda larga, la até por un extremo a la nube y comencé a bajar. Por desgracia, no hubo suficiente cuerda: lejos de la tierra, alto hasta la nube —¿qué hacer? Pero se me ocurrió: cortaré desde arriba y añadiré abajo, cortaré y añadiré, cortaré y añadiré...

¿Me escuchas, abuelo?" —y ¡plas!, otro golpe con el mitón en la calva del abuelo. "Te escucho, luz mía; ¡y todas tus palabras son pura verdad!"

"Corté y corté; llegué al punto de que ya no había nada más que añadir. Estoy sentado, sin preocuparme, mirando alrededor: un campesino aventaba avena, la paja volaba hacia arriba. Rápidamente empecé a atrapar la paja y a trenzar la cuerda; trenzé, trenzé y trenzé, y até una rata muerta. De la nada, la rata cobró vida y roe la cuerda. Cómo caigo hacia abajo... Volé y volé, volé y volé, volé y volé... ¿Me escuchas, abuelo?" —"Te escucho, luz mía". —"¡Maldita sea!... Bueno. Cuánto volé, ni por cien rublos te lo diría, y caí en un pantano, en un cenagal hasta la boca; quise beber agua, pero no podía inclinar el cuello. Llegó una zorra, hizo un nido en mi cabeza, trajo siete zorritos. Pasó un lobo, se llevó a los zorritos, pero yo logré agarrarlo por la cola. Como me aferré y grité: ¡tu-tu-tu! El lobo me sacó del pantano".

Al patizambo le llega la verdadera desgracia: pronto ya no tendrá qué contar, pero el abuelo no discute, no interrumpe. Hay que seguir contando, cueste lo que cueste, para lograr lo suyo.

"Salí del pantano hambriento, muy hambriento. Miro, y en un hueco del árbol había codornices asadas. Quise meter la mano en el hueco —no entra. No hay remedio —entré yo mismo, comí hasta hartarme y engordé tanto que ya no podía salir. Aquí fui ingenioso: corrí a casa por el hacha, agrandé el hueco y logré salir... Fui, no sé adónde, y llegué más allá del mar, a un lugar donde el ganado no vale nada: por una mosca con su cría dan una vaca con su ternero, y por tábanos grandes dan bueyes grandes. Atrapé aquí tres sacos de moscas, cambié por ellas tres rebaños de vacas y bueyes, los llevé al mar azul y empecé a lamentarme, pensando cómo llevar el rebaño a casa. Si alquilo barcos —pedirán mucho, si los hago cruzar a nado —la mitad del rebaño se ahogará... ¿Qué hacer aquí, abuelo?" —"¡Cuenta, cuenta, luz mía!"

"Pues me las arreglé: agarré una vaca por la cola, la balanceé y balanceé, y cuando la lancé, aterrizó en la otra orilla, solo dio un par de vueltas en el aire. Lancé los tres rebaños, solo quedó un buey pardo... Lo agarré por la cola, enrollé la cola firmemente alrededor de mi brazo, tomé fuerzas, giré y, ¡cuando lancé!, volé sobre el mar junto con el buey... ¡Pero qué desgracia me ocurrió! Al lanzar al buey, debí tomar impulso involuntariamente hacia un lado —y caí прямо en el mismísimo

infierno... ¿Qué hacer aquí, con qué alimentarme? Así que me contraté con los diablos para acarrear estiércol. Tres años acarree estiércol —y todo en tu abuelito".

"Bueno, eso sí que mientes, luz mía —dijo el anciano—. ¡No puede ser que los diablos acarrearán estiércol en mi abuelito!" "Puede o no puede, ¡pero dame los cien rublos!"

El patizambo tomó el dinero del anciano, cogió fuego y volvió con sus hermanos. Inmediatamente encendieron la hoguera, prepararon la cena y comieron tanto de hambre que, cuando después se durmieron, probablemente siguen durmiendo hasta hoy.